

## **Apunta todo lo que te voy a decir, yayo**

“Los tiempos cambian y, a veces, tenemos que renegar de algunas cosas que queremos”. Sofía repetía estas palabras a Manuel, su abuelo, quien recientemente había sido diagnosticado con enfermedad de Parkinson y, entre muchas otras cosas, debía abandonar el placer que le daba conducir su coche. Manuel era un hombre sencillo, que disfrutaba de sus merecidos años de jubilación, y que gozaba recogiendo a sus nietas del instituto cada vez que podía. Ahora, debido a su enfermedad, tendría que olvidar sus trayectos al volante y pasar a ser, como él mismo definía, un “mero espectador”.

Manuel había vivido desde siempre en su pueblo, pero no tenía problema alguno a la hora de desplazarse a donde fuera necesario pues, tal y como siempre decía, su coche dormía siempre en garaje y estaba en óptimas condiciones. Mientras escuchaba las advertencias de su nieta y su nuera de que no volviese a conducir, tan solo pensaba en que sería de él, pues aunque vivía solo desde que se quedó viudo hace 7 años, casi todos los días se empecinaba en conducir hasta Sevilla para ver a su familia.

-”Apunta todo lo que te voy a decir, yayo”, le dijo Sofía.

-”No te preocupes, ya sé que el frutero y los ultramarinos tienen servicio a domicilio, pero puedo ir andando”, respondió Manuel.

Sofía le miró sonriente. No era eso lo que le quería decir a su abuelo, sino explicarle las líneas de autobús con las que podía ir a verles cuando quisiera. Sofía ya no era la niñita que se peleaba con su hermana por ir de copiloto, sino una adolescente más que madura y que sabía a la perfección que a su abuelo no le gustaba que lo visitaran. “Ni que mi casa fuera una residencia”, solía exclamar cuando lo hacían.

Sofía tomó el teléfono móvil de su abuelo y le descargó una aplicación con la que podría ver en todo momento a qué hora pasaría el bus por la primera avenida y, como sabía que su abuelo paterno repudiaba las nuevas tecnologías, le dijo que también le imprimiría los horarios para que los tuviese a mano. Además, le recordó que Joaquín, el hijo mayor de Sebastián, amigo de la infancia de su abuelo, conducía en una de las líneas del pueblo y que así se sentiría más cómodo si lo viera. Por tan solo un instante a Manuel casi se le escapa una lágrima al ver cómo se preocupaba su nieta de él y, sobre todo, por el respeto que ella profesaba a la libertad de su abuelo.

Tras un afectuoso abrazo con su nieta y un café con su familia, la nuera de Manuel le propuso acercarle a casa antes de que se hiciera más tarde. Sin embargo, él tenía otra idea diferente.

-“No hace falta, al autobús solo le quedan 10 minutos para llegar”, respondió cariñosamente Manuel.

**Tempestira**